

# El conflicto palestino-israelí

## Vigilancia y control en un entorno de guerra urbana

Ana Katia Rodríguez Pérez

DOI: 10.54871/gs23b10c

### Introducción

La ocupación de los territorios palestinos por parte de Israel ha involucrado una serie de procesos de dominación colonial y ocupación militar caracterizados por la consolidación de un sistema constante de vigilancia jurídico, burocrático y tecnológico. La red de vigilancia se constituye como un elemento sustancial de la dominación en la medida en que le permite a Israel ejercer un control total sobre el territorio y sus recursos, posibilitando la gestión de flujos sociales, económicos y políticos de las y los palestinos en el espacio y el tiempo. Esta estructura se muestra a través de la construcción de diferentes sistemas interconectados: el muro de apartheid, la subdivisión y zonificación territorial, los *checkpoints* o puestos de control, el uso de documentos de identidad, las carreteras de circunvalación para uso único israelí, las bases militares y el conjunto de leyes militares que respaldan todos los demás sistemas (Abujidi, 2011, p. 315).

La forma de dominación de las autoridades israelíes ha cambiado a lo largo de los años. A partir de los Acuerdos de Oslo de 1993, la ocupación israelí sobre Palestina se ha caracterizado por estar basada en

el principio de separación. Autores como Neve Gordon y Elia Zureik señalan que este proceso hace referencia al abandono de los esfuerzos israelíes por administrar la vida de la población colonizada, al mismo tiempo que se insiste en la continua explotación de los recursos humanos y no humanos del territorio, es decir, la tierra, el agua y la fuerza de trabajo. Bajo este principio, existe una falta de interés o indiferencia por la vida de las y los palestinos, y aumenta el ejercicio de la violencia por medio de la vigilancia, el control y la tecnología (Gordon, 2008, p. 19).

Como el poder ocupante, Israel está menos interesado en la gestión de la población que en el control y la apropiación del territorio en el que reside dicha población. Sin embargo, esta forma de dominación no minimiza la importancia que el Estado colonial le atribuye a la recolección, control y categorización de datos de la población (Zureik, 2011, p. 11). Así, se presenta un proceso contradictorio de inclusión y exclusión en el que, por un lado, la disciplina y vigilancia se aplican de forma sistemática y minuciosa para gobernar a la comunidad palestina, mientras que simultáneamente el Estado limita la participación de la población en el cuerpo político, económico y social (Zureik, 2011, p. 12).

De este modo, el presente texto tiene por objetivo analizar las formas por medio de las cuales Israel ha buscado consolidar el proyecto del Estado sionista, haciendo énfasis en los mecanismos de control y vigilancia desplegados en contra de la comunidad palestina, así como en las características que definen el tipo de guerra ejercida sobre los territorios de Gaza y Cisjordania y la lucha por dominar las principales fuentes de gas y agua. Ante la generación de una situación de guerra permanente, Israel ha logrado proyectar y comercializar alrededor del mundo una visión de seguridad altamente militarizada basada en el uso de dispositivos tecnológicos. En este sentido, se analiza la exportación y la aplicación de la experiencia israelí a los sectores militares y civiles de otros países, destacando la relación entre Israel y Estados Unidos como socios que han construido un sistema común de estrategias de guerra y complementación tecnológica.

## **Control y explotación de los recursos gasíferos e hídricos palestinos**

### ***Yacimientos de gas natural en las aguas territoriales de Gaza***

Uno de los elementos geopolíticos a considerar dentro del conflicto árabe-israelí es la búsqueda por parte de Israel de controlar las fuentes de gas natural que se encuentran bajo las aguas territoriales de Gaza. En 1993, Israel y la Autoridad Palestina (AP) firmaron los Acuerdos de Oslo, los cuales supuestamente pondrían fin a la ocupación israelí en Gaza y Cisjordania, dando lugar a la consolidación de Palestina como un Estado soberano. En ese momento, a pesar de que la marina israelí todavía patrullaba la zona, Israel acordó que la recién creada AP controlaría totalmente sus aguas territoriales. Se rumoreaba que dichas aguas tenían depósitos de gas natural, pero en ese entonces no se consideró relevante, pues los precios de los hidrocarburos eran bajos y los suministros abundantes (Schwartz, 2015).

Sin embargo, en 1999, se descubrieron importantes yacimientos de gas frente a la costa de Gaza, añadiendo una nueva dimensión a la ocupación israelí sobre territorio palestino. Poco tiempo después, Israel descubrió reservas de gas en sus aguas territoriales de creciente envergadura. Los primeros hallazgos se hicieron entre los años 2000 y 2004, pero fueron los campos de Tamar y Leviatán, descubiertos en 2009 y 2010, los que convirtieron al país en un actor significativo en la región. En Gaza, el bloqueo militar y la ocupación israelí ha impedido que los palestinos desarrollen sus campos de gas, por lo que cualquier acceso al recurso y los ingresos que representa se han vuelto algo imposible. Cabe destacar que las fechas de los descubrimientos de los yacimientos de gas coinciden con una serie de procesos que han marcado al enfrentamiento árabe-israelí, entre los que se puede mencionar el desarrollo de la Segunda Intifada a finales de septiembre de 2000; la retirada de Israel de la Franja de Gaza en 2005; la victoria de Hamás en las elecciones de 2006; la guerra de Israel contra Hezbollah en Líbano en 2006; la intensificación del bloqueo de Gaza, específicamente a partir de 2007; la toma de posesión de la Franja de

Gaza por parte de Hamas en julio de 2007; las crecientes tensiones entre Israel y Turquía desde 2009; y el cambio de régimen en Egipto en 2011 (Antreasyan, 2013, pp. 29-30).

En noviembre de 1999, el entonces presidente de la Autoridad Palestina, Yasir Arafat, firmó un contrato por 25 años para la exploración de gas con la empresa British Gas Group (BG). A principios del mismo año, BG descubrió un gran yacimiento de gas al que nombró como Gaza Marine, el cual estaba a una distancia de 17 a 21 millas náuticas de la costa de Gaza, es decir, formaba parte de las aguas territoriales correspondientes a Palestina. En el año 2000, BG perforó dos pozos en el campo y realizó varios estudios de viabilidad con buenos resultados. Todo ello fue posible gracias a que los Acuerdos de Oslo II, concretamente el Acuerdo de Gaza-Jericó de 1994, le otorgaron a la Autoridad Palestina la jurisdicción marítima de 20 millas náuticas de la costa, lo que permitía actividades pesqueras, recreativas y económicas, incluyendo la perforación de yacimientos de hidrocarburos (Antreasyan, 2013, p. 31).

A pesar de lo establecido en los Acuerdos, el convenio también le otorgó a Israel el derecho a prohibir el tráfico marítimo dentro de esta zona por motivos de seguridad. Igualmente, el desarrollo de los yacimientos se enfrentó a los círculos empresariales y políticos israelíes, pues las empresas del consorcio Yam Thetis (que se creó para operar en los yacimientos de gas israelíes adyacentes e hizo su primer descubrimiento en 1999) pidieron al gobierno israelí que prohibiera a BG perforar los yacimientos palestinos. La razón aducida fue que la Autoridad Palestina no es un ente soberano y, por tanto, no puede beneficiarse del Tratado sobre el Derecho marítimo. No obstante, en julio del 2000, el primer ministro israelí, Ehud Barak, concedió a BG la autorización de seguridad para perforar el primer pozo, Marine-1, como parte de un reconocimiento político, pero no legalmente vinculante, por parte de Israel de que el pozo estaba bajo la jurisdicción de la Autoridad Palestina. Así pues, en noviembre del 2000, BG comenzó a perforar el segundo pozo, Marine-2, para evaluar la cantidad y la calidad del gas. De acuerdo con la empresa, las reservas contenían

aproximadamente 1 billón de pies cúbicos, de forma que el acceso a este hidrocarburo permitiría satisfacer la demanda palestina y proveer una cantidad adicional para las exportaciones, proporcionando una base sólida para consolidar su economía y así establecer un Estado independiente (Antreasyan, 2013, p. 31).

El contrato firmado en 1999 con BG le otorgaba a la empresa el 90% de los ingresos y a la Autoridad Palestina un 10% hasta que comenzara la producción de gas, momento a partir del cual la participación de la AP aumentaría al 40%. El 10% que recibirían en un primer momento, les garantizaría a las y los palestinos un acceso suficiente al recurso energético para satisfacer sus necesidades básicas. El plan de desarrollo de BG fue aprobado en julio del 2000 e incluía la construcción de un gasoducto que uniera los yacimientos de Gaza, con un coste estimado de 150 millones de dólares (Antreasyan, 2013, p. 31). Con una industria de gas ya en funcionamiento, Egipto aceptó ser el centro de operaciones y el punto de tránsito del gas por un gasoducto submarino para su venta a la Corporación Eléctrica de Israel. Sin embargo, la empresa no aceptó el acuerdo y el primer ministro israelí, Ehud Barak, exigió que Israel, no Egipto, recibiera el gas de Gaza. A sus exigencias le añadió la sugerencia de que Israel controlara todos los ingresos destinados a los palestinos para evitar que el dinero se utilizara para “financiar al terror” (Schwartz, 2015).

La negativa israelí llevó en 2005 a la intervención del Primer Ministro británico, Tony Blair, quien trató de negociar un acuerdo que satisficiera tanto al gobierno israelí como a la Autoridad Palestina. El resultado fue la propuesta en 2007 de que el gas fuera entregado a Israel a precios inferiores a los del mercado, con el mismo recorte del 10% de los ingresos que finalmente llegaría a la AP. Sin embargo, esos fondos debían entregarse primero al Banco de la Reserva Federal en Nueva York para su futura distribución, lo que garantizaba que los recursos no se utilizarían para ataques contra Israel (Schwartz, 2015). En este sentido, la intervención británica en la negociación suponía un acuerdo desigual que terminaba por beneficiar a los intereses israelíes, perjudicando la capacidad autónoma de Palestina de

acceder y explotar sus propios recursos. El hecho de que los palestinos se volvieran proveedores de energía de Israel representaba, por un lado, la desviación de las relaciones económicas establecidas en virtud de los Acuerdos de Oslo y, por otro lado, la perpetuación de la ocupación militar y el deterioro de las condiciones básicas de existencia de las y los palestinos.

Pese a que el acuerdo favorecía a Israel, el arreglo no llegó a satisfacerlo por completo, principalmente por la reciente victoria del partido militante Hamás en las elecciones de Gaza de 2006 y la toma de poder de la Franja de Gaza en 2007. Aunque Hamás había acordado dejar que la Reserva Federal supervisara todos los gastos, el gobierno israelí, ahora dirigido por Ehud Olmert, insistió en que no se pagaran regalías a los palestinos. En su lugar, los israelíes pagarían el equivalente de esos fondos en bienes y servicios y, en virtud del acuerdo con BG, el gas palestino debía canalizarse por un gasoducto submarino hasta el puerto marítimo israelí de Ashkelon, transfiriendo así el control sobre la venta del gas natural a Israel. El trato resultó ser inadmisibles para Hamás, por lo que BG se retiró de las negociaciones con Israel (Chossudovsky, 2009). En consecuencia, Olmert impuso un bloqueo a Gaza que, con la cooperación de Egipto, tomó el control de todo el comercio dentro y fuera de Gaza, limitando severamente la importación de alimentos y eliminando su industria pesquera (Schwartz, 2015).

El bloqueo del acceso a los recursos extraterritoriales, que comenzó con la Segunda Intifada y coincidió con los descubrimientos de gas natural, hizo imposible la navegación civil o comercial hacia o desde la Franja de Gaza. La supuesta retirada unilateral de Israel de Gaza, completada en agosto de 2005 con la evacuación de los asentamientos civiles y las instalaciones militares, no puso fin a la ocupación. El plan de retirada establecía de manera explícita que Israel seguiría supervisando el territorio palestino, mantendría el control exclusivo del espacio aéreo y continuaría realizando actividades militares en el espacio marítimo de Gaza (“The Sharon Unilateral Disengagement Plan”, 2004, p. 95). Bajo estas condiciones, la situación

en Gaza pronto se deterioró, conduciendo al ascenso de Hamás como partido representativo y a la separación política de Cisjordania y la Franja de Gaza.

Frente a ello, Israel redujo de 20 millas náuticas establecidas por Oslo a 6 millas náuticas tras la victoria electoral de Hamás en 2006, y finalmente a 3 millas náuticas tras la Operación Plomo Fundido en 2008-2009. En otras palabras, la jurisdicción marítima de Gaza se ha visto reducida en un 85% desde el Acuerdo Gaza-Jericó. Si bien todo el proceso ha sido ilegal, la comunidad internacional no ha hecho nada al respecto. Actualmente la marina israelí controla todas las rutas marítimas y ha asesinado a un gran número de pescadores palestinos que han llegado a sobrepasar el límite de las 3 millas náuticas. Por lo tanto, se evita que los palestinos exploten sus propios recursos y exista una mayor posibilidad para que Israel integre los campos de gas gazatíes a las instalaciones israelíes adyacentes (Antreasyan, 2013, p. 35).

Al considerar a Hamás como una amenaza latente a la seguridad nacional israelí, las Fuerzas de Defensa de Israel lanzaron la Operación Plomo Fundido en 2008. Tal como señalan Noam Chomsky e Ilan Pappé, parece difícil no poder concluir que la invasión a Gaza estuvo relacionada con el robo del gas natural palestino (Chomsky y Pappé, 2010, p. 201). Es decir, la ocupación militar de Gaza tiene toda la intención de transferir la soberanía de los campos de gas a Israel en violación del derecho internacional. Aunque la operación no logró cumplir su objetivo, la infraestructura de Gaza fue destruida y las millas náuticas continúan siendo muy reducidas. En los 22 días que duró la incursión, murieron 1.400 palestinos, entre ellos 300 niños y niñas y más de 115 mujeres (Amnistía Internacional, 2009a, p. 1). Como se mencionó en el apartado anterior, edificios, escuelas, hospitales y espacios públicos fueron atacados y demolidos por las fuerzas israelíes. La central eléctrica de Gaza, construida en 2002 en la ciudad de Nuseirat, también ha sido dañada repetidamente por los ataques aéreos israelíes y actualmente funciona a la mitad de su capacidad original. Esto, sumado al prolongado bloqueo que restringe

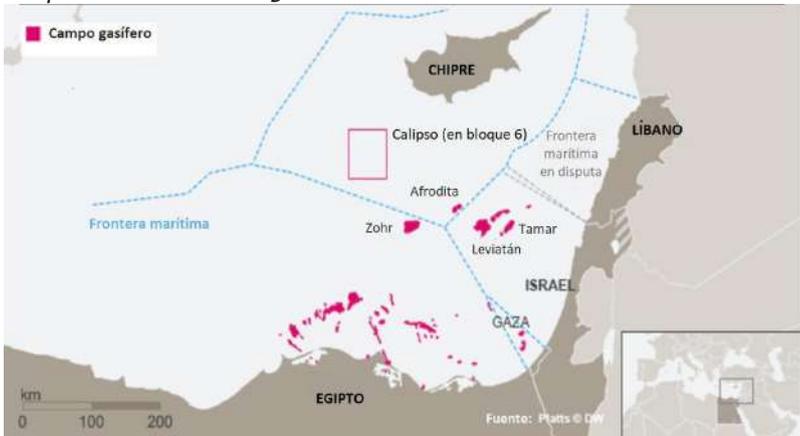
la entrada de material de construcción y el cierre del cruce fronterizo con Egipto, ha hecho que Israel sea el único proveedor de combustible de Gaza (Najjar, 2017).

En años posteriores a la incursión de 2008, Israel ha intentado negociar desigualmente con Gaza para tener acceso a sus hidrocarburos, ya que en las últimas dos décadas Israel ha experimentado una creciente crisis energética. Entre 2000 y 2010, el consumo de energía israelí aumentó en un 3,5% anual. Esto vino aparejado de un aumento del 9% en los precios de la electricidad ante un contexto en el que más del 40% de la electricidad de Israel proviene del gas natural (Ahmed, 2012). Es por ello que el gobierno ha luchado por mantener un suministro constante y apropiarse de los recursos palestinos. Es así como las fuerzas israelíes lanzaron la Operación Retorno de Eco en marzo de 2012 y la Operación Margen Protector en 2014 frente a la ofensiva aérea palestina para proteger el gas de la costa (Ahmed, 2014). A pesar del constante acoso israelí a Gaza, Israel no ha podido acceder a los recursos palestinos. Sin embargo, Israel sigue negándoles a las y los palestinos el derecho a explotar los yacimientos de gas en la costa, lo que recrudece las condiciones de existencia de la población palestina asolada por la guerra (Shama, 2019).

Lo anterior está vinculado a la dinámica regional, pues la gestión de las reservas de gas natural en el este del Mediterráneo y la Cuenca del Levante ha sido fuente de varias disputas, pues las aguas territoriales son compartidas por Israel, Gaza, Líbano, Chipre y Siria. Israel se ha enfrentado tanto diplomática como militarmente a Líbano, puesto que existe un desacuerdo sobre su frontera común, la llamada *línea azul* que fue trazada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en el 2000. Líbano ha apelado ante la ONU para evitar que Israel perfore los yacimientos que le corresponden de acuerdo con la determinación de sus millas náuticas. Sin embargo, las negociaciones no han fructificado y el conflicto prevalece, por lo que la *línea azul* aún continúa en disputa y ambas partes están preparadas para usar la fuerza ante cualquier amenaza. Ello se ve reflejado en la creación israelí del sistema antimisiles *Iron Dome*, introducido en marzo de 2011 para defender las

instalaciones de explotación de gas ante un ataque libanés. Este mismo sistema ha sido utilizado para proteger sus instalaciones ante los cohetes dirigidos por Hamás (Antreasyan, 2013, p. 40).

*Mapa 1. Yacimientos de gas en el este del mar Mediterráneo*



Fuente: Shama (2019).

Por su parte, Egipto no ha realizado ningún movimiento formal, ya que cuenta con un contrato en esta materia con Israel, el cual depende del suministro de gas por parte de El Cairo. Egipto se convirtió en el principal proveedor de gas de Israel en 2008, lo que hizo que la seguridad energética israelí dependiera en gran medida de sus relaciones con Egipto. No obstante, esta seguridad se vio sacudida por la revolución egipcia de 2011 al interrumpir 40% de los suministros de gas, lo que generó que Israel buscara diversificar sus fuentes de suministro de energía. La condición de vulnerabilidad energética fue paliada en cierto sentido por el descubrimiento del yacimiento Leviatán en 2010 y un mayor vínculo con la Chipre griega, con quien ha llegado a negociar acuerdos de exploración y extracción. Empero, el acercamiento chipriota-israelí ha sido causa de confrontaciones con Turquía, lo que ha derivado en el deterioro de las relaciones con Israel y la militarización de la zona (Antreasyan, 2013, p. 30).

***Recursos hídricos en Cisjordania: el río Jordán y el acuífero de la Montaña***

De igual manera, la búsqueda por controlar los recursos hídricos y crear un sistema de aguas ha sido un elemento central para el desarrollo de las bases territoriales, demográficas y económicas de Israel. La necesidad de constituir un Estado sionista requería del control de un recurso tan vital como es el agua para absorber a la población judía establecida en Europa y Medio Oriente, generar una presencia demográfica judía en la mayor parte posible de Palestina y consolidar una economía basada principalmente en la agricultura (Morag, 2001, p. 179). En un primer momento, la intención por lograr una autosuficiencia agrícola era considerada crucial no solo por razones ideológicas, sino también en términos estratégicos. Por un lado, las condiciones de ocupación podían conducir a un bloqueo árabe al acceso de alimentos vitales. Por otro, para recibir a la comunidad judía, era necesaria la existencia de un sector rural sólido. Sin embargo, si bien las necesidades agrícolas siguen siendo un factor relevante en el cálculo hídrico de Israel, el acceso al agua es de suma importancia para abastecer la creciente demanda para uso personal, industrial y servicios de alta tecnología (Morag, 2001, p. 182).

De esta manera, desde su creación en 1948, Israel ha explotado intensamente los recursos hídricos disponibles como parte de su proyecto nacional. Inicialmente, gran parte de esta agua era extraída del acuífero Costero, pero a medida que estos pozos se fueron haciendo cada vez más salinos durante la década de 1950, se buscaron otras fuentes de agua como los manantiales en Yarkon y Raninim, que se alimentan del acuífero de la Montaña bajo el territorio de Cisjordania. A principios del decenio de 1960, se estimaba que la extracción israelí superaba la capacidad de recarga del acuífero, por lo que comenzó a desviar agua del mar de Galilea para alimentar el nuevo Acueducto Nacional de Israel que actualmente transporta el agua hasta el desierto del Néguev en el sur (Cooley, 1984, p. 9). Sin embargo, la extracción de agua del mar de Galilea a gran escala redujo drásticamente el caudal de la principal fuente de suministro: el río Jordán (Smith, 2014, p. 243).

A pesar de que el aseguramiento de los suministros de agua tal vez no haya sido la razón principal para iniciar la guerra de 1967, es indiscutible que la mayor parte del territorio que Israel anexó sigue estando bajo su control en parte por su importancia hidrológica. Después de la Guerra de los Seis Días en junio de 1967 entre Israel y Egipto, Siria y Jordania, las fuerzas israelíes lograron ocupar la Franja de Gaza y Cisjordania, así como la Península del Sinaí (que posteriormente sería devuelta a Egipto) y los Altos del Golán de Siria. Como consecuencia, Israel se hizo con el control de todos los recursos hídricos de los nuevos territorios ocupados, de manera que actualmente retiene el control exclusivo de todos los recursos hídricos en la tierra entre el río Jordán y el mar Mediterráneo (B'Tselem, 2017).

Así pues, durante las dos primeras décadas de ocupación, Israel logró apropiarse de los recursos hídricos de los territorios ocupados. El 80% de los acuíferos de las montañas se encuentran debajo de Cisjordania y el 20% restante está bajo Israel (Weizman, 2007, p. 19). Tomando en consideración la importancia de este recurso vital, que hoy en día abastece el 40% de las necesidades agrícolas de Israel y casi el 50% de su agua potable, Israel comenzó a modificar la situación jurídica e institucional de los derechos sobre el agua en los territorios ocupados después de la guerra. Los cambios se desarrollaron en dos etapas principales, las cuales corresponden con los dos primeros periodos de ocupación. Primero, en agosto de 1967, Israel le otorgó la capacidad de toma de decisiones en relación con el agua a las autoridades militares en Cisjordania y posteriormente, hizo un movimiento similar en la Franja de Gaza en diciembre de 1974. Este proceso tuvo como resultado la restricción a los palestinos de perforar nuevos pozos para satisfacer sus necesidades y, en cambio, el gobierno israelí se apropió del agua para abastecer a la población israelí. Durante la segunda etapa, muchas de las facultades de las autoridades ocupantes, entre ellas el control del abastecimiento de agua a los centros urbanos, se transfirieron al Comisionado de Aguas de Israel y al Ministerio de Agricultura. De este modo, los recursos hídricos de Cisjordania y la Franja de Gaza se integraron bajo el mando israelí, siendo controlados por un sistema único y centralizado (Gordon, 2008, p. 127).

## Mapa 2. Recursos hídricos de los Territorios Ocupados e Israel



Fuente: Koek (2013).

El interés por tener una presencia territorial sobre Cisjordania radica en buena medida en los recursos hídricos superficiales y subterráneos que contiene. Las aguas superficiales proceden principalmente de la cuenca del río Jordán, el cual en teoría es un recurso compartido entre Palestina, Israel, Jordania, Siria y Líbano. Sin embargo, en el caso palestino-israelí, el río suministra aproximadamente 650 millones de metros cúbicos de agua a Israel, mientras que este no abastece en lo absoluto a la población palestina (Amnistía Internacional, 2009b, p. 10).

Por otra parte, se encuentran los recursos hídricos subterráneos otorgados por el acuífero de la Montaña. El acuífero es el único recurso que provee de agua a las y los palestinos y es considerado una de las más importantes fuentes de suministro para Israel. El ciclo hidrológico de la cuenca del Valle de Jordán es un sistema de flujos cíclicos que atraviesa las fronteras políticas y de seguridad de la zona.

En invierno, el agua que se evapora de la superficie del Mar Mediterráneo se condensa y genera nubes. Las nubes se desplazan hacia el este sobre las llanuras costeras de Israel hacia las montañas de Cisjordania. Allí comienza a llover y el agua corre hacia los barrancos y arroyos que drenan el agua en dirección al oeste a través de las laderas occidentales de las montañas y regresa al mar por medio de la llanura costera israelí. (Weizman, 2007, pp. 18-19).

En realidad, el acuífero se compone de tres cuencas (Oeste, Noreste y Este), las cuales cuentan con una producción media total de aproximadamente 679 millones de metros cúbicos al año (Amnistía Internacional, 2009, p. 9). Los recursos hídricos que ellas contienen fueron divididos a raíz de los Acuerdos de Oslo II en 1995 entre Israel y Palestina de manera desigual, y terminaron por beneficiar a la ocupación israelí. Los acuerdos estipulaban que los recursos generados por el acuífero de la Montaña serían repartidos en un 64% para Israel y un 17,4% para Palestina. Las cifras estaban divididas de la siguiente manera: de los 362 millones de metros cúbicos al año del acuífero del Oeste, le correspondían 93,9% a Israel y 6,1% a Palestina; 71% de los 145 millones de metros cúbicos al año del acuífero Noreste serían para Israel, mientras que solamente el 29% sería para Palestina; y de los 172 millones de metros cúbicos del acuífero del Este, 23,3% serían para Israel y 31,4% para Palestina (Vásquez y Ramírez, 2018, p. 117).

Lo anterior sugiere que los acuerdos vinieron a consolidar el control que Israel ya tenía desde 1967, e impidieron el acceso y control por ley a Palestina y el desarrollo de infraestructura hidráulica (Corradin, 2016). Por lo tanto, las y los palestinos se ven en la necesidad de adquirir agua a través de las autoridades israelíes, dependiendo del monopolio Mekorot, empresa de aguas israelíes que controla la distribución y producción (tratamiento y desalinización) de recursos hídricos en la zona (Vásquez y Ramírez, 2018, p. 109). Aunque Israel cuenta con un gran acceso al agua, ha tenido que invertir en plantas y proyectos de desalinización para enfrentar el agotamiento del recurso (The Economist, 2018). Bajo estas condiciones, la Franja de Gaza y Cisjordania sufren de una grave escasez de agua e inclusive, en casos como el

de Gaza, el agua que se suministra es de mala calidad y no es potable. Aunado a ello, el acuífero Costero del que Gaza depende como fuente primaria de agua, ha sido contaminado por el bombeo excesivo y la contaminación de las aguas residuales viéndose obligados a reducir la cantidad de agua que utilizan a niveles mínimos y a comprar agua desalinizada de vendedores privados (B'Tselem, 2017).

Como puede observarse, la apropiación del agua palestina se presenta como otro ejemplo de los esfuerzos israelíes por controlar y explotar los recursos de los territorios ocupados. Siguiendo a Weizman, este tipo de acciones concuerdan con lo que el autor ha denominado como la política de la verticalidad, la cual hace referencia al intento simultáneo israelí por controlar los tres niveles espaciales (tierra, aire y subsuelo) para gestionar a la población palestina (Weizman, 2002). Así pues, la confiscación de los recursos hídricos no solo ha servido para favorecer las necesidades económicas y de seguridad de Israel, sino que también ha sido utilizado para administrar a los habitantes ocupados al reducir su acceso al agua (Gordon, 2008, p. 128).

## **Vigilancia y control de los territorios ocupados**

La red de vigilancia se expande a lo largo de múltiples escalas sociales a través de una serie de métodos de diversa índole. Por un lado, los medios a partir de los cuales Israel domina son de carácter burocrático y jurídico. Israel creó una estructura institucional que supervisa burocráticamente a la población palestina con la ayuda de los diversos departamentos y organismos gubernamentales como son la policía, el ejército, la oficina central de estadística, organismos de inteligencia y el registro de tierras. A fin de asegurar el funcionamiento eficiente del control israelí, se agrupa información general y personal de varios campos sociales, desde las características de la población y de cada individuo, el tipo de trabajo que desempeñan, los servicios básicos como la salud pública y la educación, la infraestructura, las formas de comunicación entre palestinos y la organización de la comunidad.

Un mecanismo a partir del cual se logró obtener información relevante sobre la población ocupada fue el uso de redes de espionaje dentro de las comunidades palestinas locales. Estas redes dependen de la participación de colaboradores e informantes palestinos, cuya cooperación con Israel principalmente es resultado de una necesidad personal y económica. Israel recompensa a los ciudadanos palestinos que cooperan con él con una autorización de seguridad para facilitar el acceso a determinados puestos de trabajo, permisos de construcción, viajes y la concesión de licencias comerciales. De igual manera, en momentos de disidencia organizada u oposición violenta al régimen colonial, este tipo de vigilancia no técnica se basaba en unidades especiales encubiertas, los llamados *Mista'rivim* o simuladores árabes, para reunir información y liquidar a personas que el Estado considera peligrosas (Zureik, 2011, p. 19).

El uso de colaboradores se presenta así como una fuente de inteligencia que brinda información relevante a las fuerzas israelíes, y contribuye a un mayor nivel de precisión en los ataques a la infraestructura palestina y a los líderes de la resistencia. Un colaborador puede ser un palestino común y corriente, por lo que su uso promueve la fragmentación de la sociedad, socavando la confianza básica necesaria para crear comunidad y estimular la resistencia política (Gordon, 2008, p. 43). Por lo tanto, la recolección de datos genera un proceso de autodisciplina en el que las y los palestinos evitan ciertas situaciones para no ser castigados, denotando una vigilancia constante sobre los cuerpos de la población ocupada.

Por su parte, los mecanismos jurídicos han servido de base para casi todos los demás aparatos y prácticas de control y, de muchas maneras, ha configurado sus operaciones. El sistema jurídico estableció el marco institucional de la ocupación y para la ocupación, determinó el mandato del gobierno militar y delimitó las facultades del comandante militar y las responsabilidades de las diferentes instituciones civiles. Paralelamente, el propio sistema jurídico se ha convertido en un medio de control al establecer normas y difundir un discurso jurídico por medio del cual se autoriza y legaliza la detención

administrativa, la demolición de viviendas, la confiscación de tierras, el acceso a recursos y servicios básicos y otras formas de control cotidiano (Gordon, 2008, pp. 28-29). Por ejemplo, el uso de mecanismos legales para confiscar la tierra ha resultado en la separación de las y los palestinos de sus medios de subsistencia, haciendo de la ocupación una condición insoportable. Asimismo, Israel ha modificado las condiciones jurídicas e institucionales de los derechos sobre el agua, y se ha apropiado de los recursos hídricos palestinos bajo un sistema único y centralizado (Gordon, 2008, pp. 127-128), denotando el control de uno de los tres niveles espaciales: el subterráneo.<sup>1</sup>

Por otro lado, como parte de la red de vigilancia, existen mecanismos de corte técnico, los cuales abarcan un conjunto de medidas entre las cuales se destacan la utilización de métodos como la grabación electrónica de información mediante la intervención telefónica y la interceptación de mensajes electrónicos, la televisión en circuito cerrado, la vigilancia por vídeo, los sistemas de geoposicionamiento, la identificación por radiofrecuencia, las huellas dactilares, las pruebas genéticas, los análisis de ADN y la identificación biométrica retiniana y facial (Zureik, 2011, p. 13). A ello se añade el desarrollo de estrategias de control sobre las principales estructuras espaciales y físicas palestinas. Esto es posible a través del establecimiento de una red de puntos estratégicos en torno a las principales zonas urbanas palestinas, en las que se construyen asentamientos, puestos de control, bases militares y parques industriales, todos ellos conectados por carreteras y autopistas de circunvalación de uso israelí (Abujidi, 2011, p. 317). Esta estrategia se ha venido recrudesciendo —especialmente después de la Segunda Intifada en el año 2000— a raíz de la implementación de un cordón militar israelí alrededor de los territorios ocupados (Abujidi, 2011, p. 324).

En los primeros años de ocupación, los asentamientos tenían un objetivo triple. En primer lugar, formaban parte de un mecanismo de

<sup>1</sup> Eyal Weizman ha denominado como política de verticalidad al intento simultáneo de Israel por controlar tres niveles del espacio: el suelo, el aire y el subterráneo.

despojo y ayudaban a transformar la confiscación legal de tierras en una realidad concreta. En segundo lugar, los asentamientos y los colonos dentro de ellos sirvieron como un aparato civil para controlar y vigilar a la población palestina. Por último, los asentamientos en Cisjordania formaban parte de la línea de defensa de Israel contra enemigos externos como Egipto y Siria y estaban desplegados para ayudar a los militares a vigilar la frontera, asegurar las carreteras y garantizar las comunicaciones internas. El establecimiento de los asentamientos entrañaba la construcción de carreteras de acceso, las cuales sirvieron para consolidar el territorio israelí mediante la creación de una red que conectaba el territorio con las demás áreas de Israel. De esta manera, los asentamientos y las carreteras de circunvalación no solo sirvieron como aparatos físicos que funcionaban en relación con los mecanismos jurídico-burocráticos para asegurar la confiscación de las tierras palestinas, sino que también funcionaron como parte de los aparatos que se desplegaron para controlar la población ocupada mediante la restricción de la circulación, la vigilancia y políticas étnicas (Gordon, 2008, pp. 131-132).

Después de 1967, la política de asentamientos cambió y se basó en la construcción de un sistema geométrico que une el dominio visual con el orden espacial, de manera que los asentamientos son dispositivos ópticos urbanos para la vigilancia y el ejercicio del poder (Weizman, 2007, p. 130). Para ello, se construyeron asentamientos israelíes en la cima de las colinas en Cisjordania para dividir el espacio y vigilar a las aldeas palestinas que se encuentran debajo. A su vez, se impusieron bases militares y se mejoraron las carreteras de circunvalación para reforzar el control israelí sobre la población. Así pues, la función estratégica de los asentamientos se integró en la distribución y topografía del espacio, creando una red de observación que permite visualizar los principales puntos y arterias de la configuración espacial de Cisjordania. Los asentamientos son, por consiguiente, dispositivos disciplinarios que tienen por objeto hacer visible y dócil a la población ocupada. Son utilizados para vigilar las actividades palestinas, ya sea el trabajo en el campo o el viaje por

carreteras adyacentes, funcionando como torres panópticas que moldean el comportamiento de las y los palestinos, al mismo tiempo que fragmentan el espacio y alteran el movimiento (Gordon, 2008, p. 138).

Los asentamientos no son la única forma a partir de la cual se genera una situación de control y vigilancia, ya que la construcción de carreteras para uso exclusivo de los israelíes logra delimitar el espacio de los palestinos y controlar su tiempo. Ello se ve reflejado en los casos en los que la población palestina se ve obligada a utilizar rutas alternativas, algunas de las cuales atraviesan zonas urbanas densamente pobladas e implican el uso de caminos de tierra sin pavimentar que se extienden a lo largo de campos agrícolas y valles montañosos. La distancia que hay que recorrer utilizando estas rutas es mucho mayor, así como el tiempo que se tarda en ir de un lugar a otro. En consecuencia, el verse obligado a viajar por estas carreteras alternativas afecta aspectos de la vida cotidiana en Cisjordania, incluidas la economía y los sistemas de salud y educación (Gordon, 2008, p. 137). Además, tales carreteras se utilizan como límites, teniendo como objetivo el control del libre tránsito y la división de las zonas palestinas en pequeños cantones aislados (Weizman, 2007, p. 81).

Por si los asentamientos y las carreteras no fueran suficientes, desde el principio a los asentamientos israelíes en el territorio palestino ocupado se les concedió el estatuto de comunidades fronterizas, autorizándoles a recibir armas militares para su autodefensa. Por ley, los colonos están obligados a vigilar sus asentamientos e instituciones educativas. Están autorizados a detener a las personas que se nieguen a proporcionar identificación y a arrestar a los que traten de ocultarse y no puedan explicar razonablemente su comportamiento. En consecuencia, cada asentamiento tiene un depósito de municiones y un coordinador de seguridad pagado por el Estado que se encarga de organizar la defensa del asentamiento. Los habitantes adultos reciben rifles semiautomáticos y pistolas, y el coordinador programa patrullas en los límites del asentamiento. Es importante recordar que todo esto es oficial (Gordon, 2008, p. 141).

Después de los Acuerdos de Oslo y la Segunda Intifada, se experimentó un cambio en la arquitectura y las técnicas de vigilancia, las dimensiones espaciales y temporales y la gestión de la población. La concepción de seguridad israelí siempre ha incluido un complejo aparato territorial, institucional y arquitectónico, concebido para gestionar la circulación de los palestinos a través del espacio (Weizman, 2007, p. 142). Así, la nueva red de vigilancia incorpora puestos de control y elementos de alta tecnología como cámaras, drones, inspecciones con tecnología láser y el muro de apartheid. Este tipo de vigilancia ahondó la gestión israelí del espacio a partir de medidas incluyentes y excluyentes que delimitaron los derechos y responsabilidades de las y los palestinos, así como los flujos y actividades de los sujetos, y terminó por repercutir significativamente en su vida cotidiana (Abujidi, 2011, p. 314).

A pesar de que el sistema de puestos de control surgió de manera gradual como una serie de respuestas locales a lo que los oficiales militares consideraban como necesidades tácticas, ahora los puestos de control asumen una disposición estratégica general, constituyendo un sistema territorial completo cuyos objetivos son dominar y gestionar las vidas de las y los palestinos e imponer una política de cierre a la circulación sin tener que invadir sus ciudades, pueblos y aldeas, y sin la necesidad de recurrir a la fuerza directa (Weizman, 2007, p. 146). Es decir, los puestos de control se presentan como un sistema que reemplaza la ocupación directa de los territorios palestinos por un supuesto cruce fronterizo neutral con reglamentos de paso. Sin embargo, siguen siendo lugares de tensión y humillación, caracterizados por arbitrariedades y la violación a los derechos humanos. Como afirma Weizman, el sistema de puestos de control se ha vuelto tan omnipresente e intrusivo que ha crecido hasta gobernar todo el espectro de la vida palestina bajo la ocupación (Weizman, 2007, p. 147).

Los puestos de control se han ido modificando, recurriendo en gran medida a la aplicación de tecnología, como el uso de detectores de metales y máquinas de sensores, tarjetas biométricas, sistemas

informáticos avanzados, torniquetes y el despliegue de guardias de seguridad privada en lugar de soldados. Por ejemplo, desde 2004, los torniquetes comenzaron a ser instalados en los puestos de control, los cuales buscan frenar, regular y organizar a la multitud de palestinos que intentan cruzar el puesto para que pase un palestino a la vez y se enfrente a un soldado que comprueba sus permisos y revisa su equipaje. Los soldados regulan el ritmo de paso mediante un dispositivo eléctrico que controla el giro de las puertas. Una persona pasa a la vez pulsando un botón y, cada pocos segundos, el soldado detiene la rotación de los torniquetes con la intención de dejar a las personas atrapadas entre ellos; la longitud es reducida para que se presionen físicamente los cuerpos de las personas en tránsito (Weizman, 2007, p. 151). Esta situación se ve agravada por el hecho de que los soldados se encuentran detrás de vitrinas y el idioma que se utiliza es el hebreo, haciendo que la comunicación sea más desgastante. El principal motivo de este tipo de comportamiento es introducir incertidumbre y confusión en la mente de los vigilados (Kelly, 2006, p. 100). Así, este es un claro ejemplo de que el poder de máquinas como los torniquetes, detectores de metales y tecnologías de escaneo no pueden separarse del poder de los soldados y guardias de seguridad.

En los puestos de control, es donde se comprueban y verifican los documentos de identidad. En Israel, las tarjetas de identidad obligatorias se introdujeron en 1949 tras el establecimiento del Estado. Zureik argumenta que, en general, la razón para introducir las tarjetas de identidad es doble: radica en la necesidad de securitizar el Estado y garantizar la asignación de derechos y obligaciones a los ciudadanos. De esta manera, en los territorios ocupados, las tarjetas de identificación son herramientas esenciales en la matriz de control israelí, pues regulan la movilidad y la residencia, pero no otorgan ningún derecho estatal (Zureik, 2011, p. 14). Israel es quien cuenta con el monopolio del registro civil y la expedición de identificaciones para los palestinos, incluyendo la administración de visados y los permisos de trabajos. Los datos personales, incluidos el nombre, la edad, la fecha y el lugar de nacimiento, la afiliación política y el registro de

seguridad, se conservan en una base de datos central a la que tienen acceso los funcionarios israelíes en los puestos de control y las fronteras. Es por ello que se asevera que la y el palestino existen solo si la computadora israelí así lo dice (Lyon, 2011, p. 54).

A raíz de los Acuerdos de Oslo, la expedición de documentos de identidad pasó a ser responsabilidad de la Autoridad Palestina, pero Israel conservó su participación en el registro de la población, por lo que sigue determinando todos los derechos y estatutos de los habitantes del territorio palestino ocupado (Lyon, 2011, p. 52). De acuerdo con Weizman, los Acuerdos de Oslo obligan a los palestinos a identificarse no solo como objetos expuestos al poder militar, sino también como sujetos políticos de otra identidad: la Autoridad Palestina. Es decir, los palestinos siguen estando sometidos a la dominación de la seguridad israelí al estar expuestos a sus amenazas, pero se les alienta a creer que son sujetos de su propia autoridad política (Weizman, 2007, p. 144).

Los documentos de identidad limitan la capacidad de participar en contextos sociales normales, como es la vida en familia, la educación y el trabajo, así como actividades recreativas o políticas. Las prácticas de vigilancia que ello conlleva construyen la identidad de los palestinos, al hacer de la vida cotidiana una realidad agobiante (Zureik, 2001). En particular, los sistemas de identificación reflejan y refuerzan las asimetrías políticas y económicas existentes que se hacen sentir especialmente en las restricciones a la movilidad, pues se les niega a los palestinos el derecho a acceder a sus tierras, lugares de empleo, educación y atención médica. Es probable que este tipo de sistemas continúe, especialmente porque en varias partes del mundo se están adoptando nuevos sistemas de identificación biométrica que requieren bases de datos para el registro de la población, convirtiéndose en herramientas básicas de la infraestructura de la información (Lyon, 2011, p. 59).

La instalación de puestos de control y el uso de documentos de identidad impuestos por las autoridades israelíes describe un mecanismo que controla los cuerpos de las y los palestinos mediante

métodos físicos, tecnológicos y burocráticos. Estas medidas de control expresan la forma en la que los israelíes dominan el tiempo y el espacio de la población palestina. Por un lado, el espacio palestino se encoge, el tiempo se ralentiza y la movilidad se ve limitada. Por otro, los ocupantes israelíes tienen la libertad de moverse sin restricciones y expandirse a través del espacio y el control del tiempo (Peteet, 2008, p. 14). A partir de este proceso, el autor Amal Jamal introduce la categoría de tiempo racializado para examinar el trato diferenciado que Israel le da a la población palestina (Jamal, 2008). El tiempo de los palestinos se caracteriza por ser estático y discontinuo, en donde los métodos de control y vigilancia tienen por objetivo suprimir, bloquear y retrasar el flujo de tiempo. Así pues, el control israelí del tiempo y el espacio se ve facilitado por la vigilancia en forma de cierres, puestos de control, muros, la confiscación de tierras y la emisión de documentos de identidad (Zureik, 2011, p. 18).

### **Guerra asimétrica y urbana: el urbicidio y la guerra a distancia como constantes**

La red de vigilancia descrita anteriormente se ve complementada por una situación de guerra de corte asimétrico y urbano. A raíz de la formación de espacios densamente urbanos, la doctrina militar y de seguridad israelí comenzó a centrarse en la identificación de insurgentes, *terroristas* y una amplia gama de amenazas procedentes del caos de la vida urbana. Para ello, era necesario encontrar formas para reconocer a dichas amenazas antes de que se materializara un potencial ataque, de manera que se empezaron a desarrollar sistemas de vigilancia de alta tecnología para identificar con anticipación a futuros enemigos. De esta manera, para este nuevo urbanismo militar resultó fundamental un cambio en la forma de entender el espacio, pues aquellos espacios públicos y privados de las ciudades, así como su infraestructura y su población civil se convirtieron en una fuente de objetivos y amenazas (Graham, 2011a, p. 13). En este sentido, el urbanismo militar descansa en la idea de que las técnicas

militarizadas de rastreo y ataque deben controlar y dominar permanentemente el paisaje de la ciudad y los espacios de la vida cotidiana, dando lugar a una noción de la guerra como un ejercicio constante e ilimitado.

La estrategia que las fuerzas israelíes han implementado en la lucha por ocupar los territorios palestinos ha sido descrita por Stephen Graham como urbicidio. El autor entiende a este proceso como la destrucción planificada de zonas urbanas (ciudades e infraestructura), haciendo referencia a la guerra urbana en Cisjordania e igualmente aplicable en Gaza, como se experimentó en la invasión de la Franja en 2008 (Graham, 2003, p. 70). El estado de urbicidio representa el estado permanente de invasión y estrangulamiento que tiene lugar en las ciudades y campos de refugiados palestinos (Abujidi, 2011, p. 325). Esta doctrina militar se centra en la idea de que la ciudad ya no es meramente el sitio, sino el medio mismo de la guerra (Weizman, 2007, p. 54), en el cual grupos insurgentes operan a través de redes que logran pasar desapercibidas ante la visión militar tradicional. Esta situación exige un aumento radical de las técnicas de rastreo, vigilancia y selección de objetivos, centradas tanto en las redes de circulación y movilidad como en espacios de la vida urbana cotidiana (Graham, 2011a, p. 22). Así, las herramientas de alta tecnología como los drones y la división del espacio mediante muros y puntos de control biométricos proporcionan cada vez más modelos para la reorganización del espacio urbano.

Este tipo de incursiones demuestran que las tecnologías militares de vigilancia se están abriendo paso a los entornos urbanos, desdibujando así la división entre los sectores civil y militar. Lo que caracteriza a estos conflictos es que se presentan en un tejido urbano denso y contiguo en el que los ejércitos regulares comienzan a experimentar dificultades para operar de manera efectiva. Entre dichas dificultades, figuran la falta de claridad para separar a los *terroristas* o insurgentes de las poblaciones civiles y la alta densidad de la infraestructura urbana que interfiere en los sistemas de vigilancia e identificación de objetivos militares. Según Graham, las ciudades

palestinas se presentan como espacios potencialmente impenetrables e incognoscibles, por lo que desafían la mirada tridimensional de los sistemas de vigilancia de alta tecnología de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) y su armamento de gran potencia (Graham, 2003, p. 70). Es decir, las ciudades socavan la capacidad de vigilancia vertical israelí que permitiría dominar todo el espectro del complejo urbano, ya que la arquitectura de las urbes desdibuja el vasto entramado urbano por medio de edificios y espacios subterráneos.

### **Atravesar los muros: el caso de Cisjordania**

Las incursiones realizadas en los territorios palestinos, como el caso de las ciudades de Nablus y Yenín en Cisjordania en el 2002 dentro de la Operación Escudo Defensivo, es un ejemplo de la manera en la que se está llevando a cabo el conflicto directo entre palestinos e israelíes que muestra la estrategia militar a emplear en un contexto urbano. La táctica utilizada en la ciudad de Nablus reflejó una forma de romper y reinterpretar una construcción espacial impuesta y delimitada a partir del atravesamiento de muros. Al traspasar los muros y crear así caminos, el ejército israelí trató de crear un espacio operativo como si no tuviera fronteras, neutralizando las ventajas que el terreno urbano otorga a los oponentes de la ocupación.

En lugar de entrar al complejo urbano por medio de los caminos trazados de la ciudad como las calles, carreteras y avenidas, los soldados lograron entrar y atacar mediante la perforación de agujeros en los muros, techos y suelos. Es decir, reinterpretaron la dimensión espacial de la ciudad para hacerla tridimensional, y llegaron a eliminar cualquier obstáculo y la distinción entre el espacio público y privado. Ante un escenario en el que los soldados israelíes y los guerrilleros palestinos lucharon dentro de la construcción arquitectónica de la ciudad, se volvieron casi invisibles desde una perspectiva aérea (Weizman, 2012, p. 10). Sin embargo, la estrategia israelí domina tanto la verticalidad como la horizontalidad del espacio urbano palestino, ya que es capaz de realizar asesinatos selectivos con el uso de

drones y orientar a las fuerzas israelíes a través de satélites con GPS, así como atravesar los muros, utilizando explosivos o grandes martillos, y emplear excavadoras blindadas Caterpillar D9 para demoler edificios fortificados que refugian a guerrilleros palestinos junto a civiles desarmados.

Eyal Weizman (2012) analiza la táctica de guerra de atravesar los muros a partir de la descripción de aquellas características que definen a los conflictos asimétricos. De acuerdo con el autor, la guerra asimétrica se explica por el hecho de que el enemigo es difuso, sigiloso, disperso y se configura a través de una red de bandas organizadas que cuentan con una extrema flexibilidad de movimiento. Para enfrentarlo, las Fuerzas de Defensa de Israel han recurrido a la técnica del enjambre, la cual es parte de la teoría militar del ejército norteamericano. En este sentido, Weizman la define como una teoría que “intenta describir las operaciones militares como una guerra no lineal: una red constituida por una multiplicidad difusa de unidades pequeñas, semiindependientes pero coordinadas, que operan con todas las demás en una sinergia generalizada” (Weizman, 2012, p. 22) y que van aprendiendo a través de la interacción de sus elementos por medio de la adaptación a situaciones emergentes y cambiantes.

Es a partir de dicha definición que la incursión sobre Nablus estuvo determinada por la formación de una operación de sitio sistemática que aplicó la maniobra del enjambre, atacando a la resistencia palestina de manera simultánea y desde todas las direcciones. Mientras que los combatientes palestinos esperaban a que las fuerzas israelíes actuaran conforme a los parámetros clásicos de la guerra, los militares se desplazaron a través de los edificios, perforando agujeros en los muros y trasladándose de manera lineal a través de las casas de los habitantes civiles (Weizman, 2012, p. 37). Además, este acontecimiento demostró una nueva práctica militar israelí, en donde se realizan incursiones continuas e invasiones temporales, en contraste con invasiones y ocupaciones más intensas y permanentes.

Recuperando la categoría de urbicidio de Graham, el ataque y el asedio sobre Nablus y Yenín destruyeron los sistemas de

infraestructura palestinos. Además de las batallas, las incursiones, los secuestros y las demoliciones masivas, la característica central de la operación fue la destrucción deliberada de cualquier símbolo de la modalidad urbana palestina. Durante las operaciones de 2002, los depósitos de agua fueron acribillados a balazos; se bombardearon e interfirieron las comunicaciones electrónicas; las carreteras, las escuelas y el mobiliario urbano fueron ampliamente arrasados y destruidos; se destrozaron computadoras, se robaron discos duros y se destruyeron los transformadores de electricidad. Tales acciones son un reflejo directo de los cambios en la doctrina militar israelí, en donde los ataques sistemáticos contra la infraestructura civil han llegado a considerarse un medio de coaccionar a los adversarios en las guerras *no tradicionales* contra los insurgentes y las poblaciones civiles que los apoyan en las ciudades. Los ataques contra la infraestructura urbana son un medio de lanzar operaciones basadas en los efectos para coaccionar física y psicológicamente a poblaciones enteras (Graham, 2011a, pp. 284-285).

### **La guerra a distancia y los asesinatos selectivos en Gaza**

Así como en las incursiones continuas por el territorio de Cisjordania, en el caso de Gaza, la estrategia de dominación se basa en la idea de control a distancia mediante la militarización de las fronteras, las invasiones regulares, los asesinatos selectivos y la intensa vigilancia aérea, en lugar del control a través de la presencia continua de los ejércitos de ocupación (Graham, 2011b, p. 138). Después de la retirada de Israel en 2005, lo que se observa en Gaza es una especie de laboratorio para nuevas técnicas de control urbano, pacificación y guerra de contrainsurgencia sin ocupación por parte del ejército israelí. Gaza se ha convertido en un espacio en el que Israel prueba y perfecciona diversas técnicas de gestión, experimentando continuamente en busca de un equilibrio óptimo entre el máximo control sobre el territorio y la mínima responsabilidad política, jurídica, social o moral sobre la población palestina

(Li, 2007, p. 38). Lo que sucede en la Franja de Gaza es que se aplica una menor actividad directa militar y una menor fricción (menor contacto directo) con la población civil, lo que supone una menor exposición a ataques.

Este tipo de tácticas se adaptan al ejército estadounidense en su intento por desarrollar una estrategia de guerra larga, es decir, el uso más o menos permanente y globalmente disperso de incursiones preventivas contra supuestos adversarios, como parte de la guerra irregular en un contexto de guerra contra el terrorismo en la región de Medio Oriente (Hayden, 2009). En el caso del conflicto árabe-israelí, la estrategia de *guerra larga* es aplicada en el sentido de que la temporalidad de la guerra amenaza con extenderse indefinidamente, y genera un estado de guerra permanente sobre los territorios ocupados a partir del control a distancia y una vigilancia persistente. Ello se ve reflejado en el caso de Gaza, en donde el estrangulamiento del territorio palestino se ha intensificado drásticamente tras la evacuación de los asentamientos judíos en 2005 y la victoria de Hamás en las elecciones de 2006. A partir de ese momento, Israel declaró que Gaza era un territorio hostil y terrorista con el que estaba en guerra, dando lugar a la invasión de 2006, la Operación Plomo Fundido en 2008 y 2009 y la Operación Margen Protector en 2014 (Graham, 2011a, p. 287).

Desde el comienzo de la Segunda Intifada en septiembre del 2000, las limitaciones de la capacidad israelí para mantener una presencia terrestre permanente en todos los territorios palestinos habían reforzado la dependencia de Israel a una lógica táctica que trataba de perturbar la resistencia armada y política mediante asesinatos selectivos, es decir, ejecuciones estatales extrajudiciales, realizadas con mayor frecuencia desde el aire (Weizman, 2007, p. 237). La práctica de asesinatos selectivos continúa de manera sistemática y se lleva a cabo utilizando tecnologías sofisticadas de vigilancia, como es el caso de los aviones no tripulados. En Gaza, los asesinatos con drones son un mecanismo primordial para el nuevo modelo de control externo sin la ocupación de ejércitos

permanentes. Se estima que desde septiembre del 2000 hasta el 2011, Israel asesinó a 400 personas utilizando técnicas extrajudiciales de asesinatos selectivos. En consecuencia, el uso de drones con fines de vigilancia en Cisjordania y Gaza se ha convertido en una herramienta común para asesinar directamente a militantes palestinos (Zureik, 2011, p. 19).

Así pues, una vez más, Gaza se presenta como el laboratorio de esta nueva doctrina y armamento, en donde alrededor del 90% de los asesinatos durante la Segunda Intifada fueron ejecutados desde el aire (Li, 2007, p. 48). Sin embargo, el desarrollo de una lógica territorial a lo largo de un eje vertical, como son los ataques aéreos, ha hecho que la resistencia palestina se vuelva más profunda al buscar otras formas de lucha, especialmente bajo tierra. De este modo, parte de la guerra asimétrica entre las fuerzas israelíes y la resistencia palestina se manifiesta en el control absoluto del espacio aéreo por parte de Israel y el dominio palestino de la guerra subterránea (Weizman, 2007, p. 253).

En consonancia con los ataques aéreos, en 2007, el ejército israelí anunció que la frontera entre Israel y Gaza sería la primera frontera automatizada del mundo con francotiradores robóticos capaces de disparar contra *intrusos* gracias a las imágenes transmitidas desde una sala de control. Junto con esta frontera, Israel cuenta con una ametralladora robótica como parte del sistema *See-Shoot*, desarrollado por la empresa estatal Rafael, para desplegar una fuerza letal a lo largo de la Franja de Gaza. El sistema funciona en colaboración con un dispositivo de detección y orientación mediante sensores acústicos. Las armas y los sensores están conectados por fibra óptica a una red de mando que también puede obtener información de los activos terrestres, aviones tripulados y drones. Bajo esta dinámica, entre 1995 y 2007, catorce palestinos desarmados han sido asesinados por las fuerzas de seguridad israelíes a distancias de entre 100 y 800 metros de la valla fronteriza. Incluso ha habido casos en los que se les ha disparado a personas sin intenciones hostiles. Algunos intentaron entrar a Israel para encontrar trabajo, otros para acceder

al sistema de salud y algunos eran niños que entraron sin cuidado a una zona prohibida (Graham, 2011a, p. 171).

De igual manera, tal como se demostró en la Operación Plomo Fundido en 2008 y 2009, la destrucción de la infraestructura urbana es crucial para la nueva estrategia militar israelí. Por un lado, se destruyeron viviendas y tierras de cultivo, obligando a las y los palestinos a abandonar sus hogares y fuentes de subsistencia. Además, los ataques redujeron la importación de alimentos, lo que resultó ser algo catastrófico en una ciudad que depende en gran medida de la ayuda alimentaria para sobrevivir. Por otro lado, se cortaron los suministros de combustible y energía, se destruyeron puentes y carreteras, y se bombardearon las principales instalaciones de generación de electricidad. La falta de fuentes eléctricas provocó la disminución de los servicios de agua y alcantarillado, así como el desmantelamiento de varios centros de salud. Como consecuencia, el sistema de salud pública de Gaza se deterioró sustancialmente, provocando enfermedades estomacales, anemia y altas tasas de malnutrición (Graham, 2011a, pp. 288-290). Esta situación se vio agravada por la participación estadounidense en el envío de armas desde Grecia a Israel durante el asedio mientras los gazatíes buscaban desesperadamente refugio (Ambrogi, 2009). De esta manera, en colaboración con Estados Unidos, Israel promovió la devastación sistemática de los medios de vida de las y los palestinos, y los llevó a estar en lo que Achille Mbembe denomina “mundos de la muerte”, espacios como Palestina en donde la población se ve obligada a existir como muertos vivientes (Mbembe, 2003, p. 40).

## **Exportación de la experiencia sionista y el mantenimiento de un socio estadounidense**

Después de los atentados terroristas del 11 de septiembre y la integración cada vez más profunda de la estrategia militar urbana de Israel en la guerra contra el terrorismo, el gobierno israelí, en colaboración

con Estados Unidos, ha trabajado para proyectar sus aptitudes, conocimientos especializados y productos militares más allá de los mercados más evidentes que forman parte de la guerra urbana, como es el caso de su aplicación civil (Graham, 2011b, p. 144). De esta manera, la industria de seguridad y vigilancia de Israel está firmemente vinculada al cambio de la demanda tras los ataques terroristas y la consiguiente guerra contra el terrorismo, así como a los procesos mundiales de carácter político, económico, social y cultural relacionados con el creciente movimiento de personas, bienes y servicios a través de las fronteras (Gordon, 2008, p. 154).

Con este aumento en la demanda, las autoridades israelíes han logrado capitalizar la *experiencia de laboratorio* sobre los territorios ocupados y trasladarla a otras partes del mundo. Tanto el gobierno como las compañías militares más grandes de Israel han logrado expandirse a través de la venta de armamento, tecnología y servicios militares a otros Estados y corporaciones, bajo el argumento de que sus productos son probados en terreno, y convirtieron a Palestina en uno de los laboratorios más grandes para la prueba de armas y tecnología militar.<sup>2</sup> Lo anterior es posible a partir de la estrecha colaboración entre el ejército y el sector industrial, en donde cerca de la mitad de los oficiales tiene antecedentes de haber trabajado en el sector industrial de la seguridad. Sin embargo, no se trata solamente del despliegue de modelos y técnicas del nuevo urbanismo militar en zonas de guerra extranjeras, sino de su difusión e imitación a través de la militarización de la vida cotidiana. Ello se ve reflejado en el despliegue rutinario de drones israelíes –diseñados para subyugar verticalmente y apuntar a los palestinos– por parte de las fuerzas policiales en América del Norte, Europa y Asia Oriental (Graham, 2011a, p. 18).

<sup>2</sup> Si bien la mayoría de las grandes empresas de defensa del mundo son de propiedad privada, varias de las principales empresas de defensa israelíes, como la Industria Aeronáutica de Israel (IAI), las Industrias Militares de Israel (IMI) y Rafael (Israel), son total o parcialmente propiedad del gobierno. Solamente Elbit Systems es una corporación privada.

Asimismo, el tener como socio a Estados Unidos le ha permitido a Israel abrirse a otros mercados para la venta de sus productos, teniendo como clientes a Europa, India, China y algunos países de América Latina (Zureik, 2011, p. 23). Ante la oportunidad generada por la guerra contra el terrorismo, Israel aprovechó la situación y se comercializó a nivel mundial no solo como un profesional de la vigilancia, sino como un agente mundial relevante en la prestación de conocimientos especializados y el despliegue de programas y equipos informáticos relacionados con la vigilancia. Por lo tanto, de acuerdo con Naomi Klein, al ser una sala de exposición de veinticuatro horas al día, Israel ha logrado convertir la guerra interminable en un activo económico (Klein, 2007a).

En este sentido, más de 300 corporaciones israelíes se dedican a la fabricación de productos de seguridad nacional (Klein, 2007b, p. 515). A partir de cifras estimadas por el gobierno estadounidense, Zureik recupera el hecho de que más de 400 empresas israelíes participan en la exportación de productos relacionados con la seguridad, con un volumen de negocios de 4,500 millones de dólares en 2007. En ese mismo año, el valor de las exportaciones alcanzó los 1.200 millones de dólares, lo que supuso un aumento del 20% con respecto al año anterior (Zureik, 2011, p. 23). La amplia participación de Israel en la producción y venta de tecnologías de seguridad y vigilancia nacionales en todo el mundo lo ha impulsado a ocupar una posición de liderazgo entre los productores de esas tecnologías. A pesar de que cuenta con una población de apenas siete millones de habitantes, Israel se encuentra entre los cinco mayores exportadores de armas y representa el 10% de las ventas mundiales de armas (Gordon, 2008, p. 164). De este modo, Israel controla aproximadamente el 70% del mercado de vehículos aéreos no tripulados y es líder mundial en tecnologías de vigilancia de fronteras, como son los sensores, muros y aplicaciones electro-ópticas (Zureik, 2011, p. 23).

En el último caso, el programa de fronteras electrónicas desarrollado por Israel ha tenido por objetivo el uso de algoritmos informáticos y técnicas de extracción de datos para identificar a personas

o comportamientos considerados *ilegales* antes de que lleguen a amenazar los límites territoriales del Estado. Este tipo de proyecto está basado en la idea de la omnisciencia tecnológica, en donde se busca identificar a todas las personas que atraviesan las fronteras a partir de registros de actividades y asociaciones pasadas para localizar amenazas futuras antes de que se materialicen. Tal es el caso de la valla fronteriza de alta tecnología entre Estados Unidos y México, la cual está siendo construida por un consorcio que vincula a Boeing con la empresa israelí Elbit, cuyas tecnologías de radar y de puntería se han desarrollado en el bloqueo permanente de la vida urbana palestina (Graham, 2011a, pp. 22-23).

Esto también señala la acelerada militarización de la sociedad civil, pues el mayor uso de tecnología militar de rastreo, identificación y ataque han llegado a abarcar los espacios de la vida cotidiana (Graham, 2011a, p. 11). A raíz de que los dispositivos electrónicos de control y vigilancia en red se distribuyen por toda la sociedad, la vida urbana cotidiana comienza a estar mediada por un sentido de control constante. Por lo tanto, la búsqueda de control social funciona cada vez más a través de complejos sistemas tecnológicos que se extienden por zonas tanto temporales como espaciales (Graham, 2011a, p. 63).

La exportación de servicios militares no ha estado únicamente encaminada a proveer de armas y tecnología a otras entidades, sino también de proporcionar estrategias para luchar en contextos de guerra urbana. Es significativo que las brutales estrategias israelíes en los territorios ocupados palestinos y en Líbano hayan influido en la guerra urbana estadounidense en Irak. Graham demuestra la estrecha relación entre Israel y Estados Unidos al respecto, señalando que durante la incursión de Israel en el extenso campamento de refugiados de Yenín en 2002, se informó que el personal militar estadounidense estuvo presente para observar la operación israelí (Graham, 2011a, p. 144). También se ha informado que el ejército de Israel visitó Estados Unidos para entrenar al personal estadounidense y estuvo en Irak para observar las estrategias norteamericanas en la guerra urbana.

La aplicación de estrategias israelíes en Irak se presentó en forma de construcción de muros, el acordonamiento de ciudades, la destrucción de distritos urbanos, ejecuciones extrajudiciales generalmente por aviones no tripulados, el castigo a las familias de los presuntos combatientes y la instalación de puestos de control y sistemas de tarjetas de identificación en los pueblos y ciudades (Graham, 2011a, p. 128). Como resultado, se muestra un proceso que Graham denomina como la *palestinización* de Irak, en donde se manifiestan tácticas de insurgencia parecidas a las de Hamas o Hezbollah, así como la replicación de estrategias de las Fuerzas de Defensa de Israel por parte de los militares estadounidenses (Graham, 2011b, p. 137). Aunado a ello, la relación entre Estados Unidos e Israel se presenta en el sector de investigación y desarrollo, en donde ambos actores colaboran en el desarrollo y mejora de productos y servicios militares. Por ejemplo, Rafael y General Dynamics diseñaron de manera conjunta una variedad de misiles encaminados a destruir edificios urbanos y nuevos sistemas de protección para los vehículos que combaten en las ciudades, los cuales permiten que un soldado permanezca protegido dentro del vehículo mientras opera un arma a distancia (Graham, 2011a, p. 247).

Sin embargo, las tácticas militares israelíes no han sido empleadas únicamente fuera de Estados Unidos, sino que han sido adoptadas en territorio nacional a través del entrenamiento militar israelí a las fuerzas policiales y militares estadounidenses. Varios estados y ciudades de Estados Unidos permiten que sus departamentos de policía sean entrenados por la policía israelí, las Fuerzas de Defensa de Israel y el servicio de seguridad interna de Israel, conocido como Shin Bet, todas ellas instituciones que durante décadas han oprimido a las y los palestinos con brutales tácticas policiales. Estados como California, Nueva York, Texas y Florida cuentan con oficiales que fueron entrenados a partir de enfoques militares israelíes para la recopilación de datos, actividades de inteligencia, seguridad fronteriza, puestos de control y la coordinación con medios de comunicación. Con ello, se promueven lógicas militarizadas de seguridad

en la esfera civil, normalizando las prácticas de vigilancia masiva, la criminalización y la represión violenta de comunidades y movimientos que el gobierno considera como una amenaza. Estas acciones, a su vez, están basadas en la diferenciación y violencia racial sistemática que también es reproducida entre los palestinos e israelíes (Guzman, 2020).

El ascenso militar y tecnológico de Israel no solamente tiene implicaciones en términos de un mayor control y vigilancia sobre la población palestina y la exportación de servicios de seguridad, sino que se muestra como un factor relevante en la dinámica de poder en la región de Medio Oriente. Junto con Arabia Saudita, Israel es uno de los aliados regionales de Estados Unidos, por lo que se muestra como una fuerza importante frente al bloque opositor constituido por Irán, Siria, Turquía, Rusia y China (Mesa, 2017). Mientras que Estados Unidos proporciona un enorme apoyo financiero, político y militar al proyecto colonial sionista, Israel le provee a Estados Unidos un activo estratégico en una de las mayores fuentes de recursos energéticos del mundo. De esta manera, Israel funge como una base de avanzada para cualquier intento estadounidense de intervenir o, en términos discursivos, “defender el Golfo y garantizar la estabilidad” (Chomsky y Pappé, 2010, pp. 93-94).

Cabe destacar la relación de tensión entre Israel e Irán, pues, en varias situaciones de conflicto, Irán ha mostrado una postura en contra de la ocupación israelí y se ha solidarizado con la causa palestina (Mesa, 2009, p. 232), que incluso le ha llevado a apoyar a Hamas, organización considerada terrorista por parte de Israel y Estados Unidos (Garduño, 2020, p. 8). A su vez, la cuestión nuclear iraní es un asunto geopolítico que cuestiona y pone en evidencia el modelo de dominación e influencia económica y política proyectado por Estados Unidos e Israel en Medio Oriente, de manera que Israel ha buscado minar la influencia de Irán en varios países árabes, especialmente en Irak, Siria, Yemen, Líbano y Palestina (Garduño, 2020, p. 6).

## Bibliografía

- Abujidi, Nurhan (2011). Surveillance and spatial flows in the occupied Palestinian territories. En Zureik, Elia; Lyon, David y Abu-Laban, Yasmeeen (eds.), *Surveillance and Control in Israel/Palestine*. Nueva York: Routledge.
- Ahmed, Nafeez (28 de noviembre de 2012). Israel's War for Gaza's Gas. *Le Monde diplomatique*. <https://mondediplo.com/outsidein/israel-s-war-for-gaza-s-gas>
- Ahmed, Nafeez (9 de julio de 2014). IDF's Gaza assault is to control Palestinian gas, avert Israeli energy crisis. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/environment/earth-insight/2014/jul/09/israel-war-gaza-palestine-natural-gas-energy-crisis>
- Ambrogi, Stefano (9 de enero de 2009). U.S. seeks ship to move arms to Israel. *Reuters*. <https://www.reuters.com/article/us-israel-arms-usa-sb/u-s-seeks-ship-to-move-arms-to-israel-idUSTRE50875320090109>
- Amnistía Internacional (2009a). *Israel/Gaza: Operación "Plomo Fundido": 22 días de muerte y destrucción*. Madrid: Amnistía Internacional.
- Amnistía Internacional (2009b). *Israel y los Territorios Ocupados: Aguas turbulentas, negación del derecho al agua a la población palestina*. Madrid: Amnistía Internacional.
- Antreasyan, Anaïs (2013). Gas finds in the Eastern Mediterranean: Gaza, Israel and other conflicts. *Journal of Palestine Studies*, 42(29), 29-47.
- B'tselem (11 de noviembre de 2017). *Water Crisis*. <https://www.btselem.org/water>
- Chomsky, Noam y Pappé, Ilan (2010). *Gaza in Crisis. Reflections on Israel's War Against the Palestinians*. Chicago: Haymarket Books.
- Chossudovsky, Michel (8 de enero de 2009). War and Natural Gas: The Israeli Invasion and Gaza's Offshore Gas Fields. *Global Research*. <https://www.globalresearch.ca/war-and-natural-gas-the-israeli-invasion-and-gaza-s-offshore-gas-fields/11680>
- Cooley, John K. (1984). The War over Water. *Foreign Policy*, (54), 3-26.

Corradin, Camilla (23 de junio de 2016). Israel: Water as a tool to dominate Palestinians. *Al Jazeera*. <https://www.aljazeera.com/news/2016/06/israel-water-tool-dominant-palestinians-160619062531348.html>

Garduño, Moisés (2020). La cuestión nuclear iraní revisitada: tensiones, sanciones y negociaciones en torno al Plan de Acción Integral Conjunto de 2015. *Estudios de Asia y África*, 55(1), 5-42.

Gordon, Neve (2008). *Israel's Occupation*. University of California Press.

Graham, Stephen (2011a). *Cities Under Siege: The New Military Urbanism*. Londres: Verso.

Graham, Stephen (2011b). Laboratories of war: surveillance and US-Israeli collaboration in war and security. En Zureik, Elia; Lyon, David y Abu-Laban, Yasmeeen (eds.), *Surveillance and Control in Israel/Palestine* (pp. 133-152). Nueva York: Routledge.

Graham, Stephen (2003). Lessons in Urbicide. *New Left Review*, 63-78.

Guzman, Timothy Alexander (4 de junio de 2020). US Police Forces Are Trained by Israel: The Knee-On-Neck Tactic that was Used on George Floyd Is the Same Tactic that Has Been Used on the Palestinians. *Global Research*. <https://www.globalresearch.ca/us-police-forces-trained-israel-knee-neck-tactic-used-george-floyd-same-tactic-used-palestinians/5714997>

Hayden, Tom (7 de mayo de 2009). Understanding the Long War. *The Nation*. <https://www.thenation.com/article/archive/understanding-long-war/>

Jamal, A. (2008). On the troubles of Racialized Time. En Shenhav, Yehouda y Yonah, Yossi (Ed.), *Racism in Israel*, Jerusalén: Van Leer Institute y Hakibuts Ha-Meuhad.

Kelly, Tobias (2006). Documented Lives: Fear and the Uncertainties of Law during the Second Palestinian Intifada. *Journal of the Royal Anthropological Society*, (12), 89-107.

Klein, Naomi (2007a). Laboratory for a Fortressed World. *The Nation*. <https://www.thenation.com/article/archive/laboratory-fortressed-world/>

- Klein, Naomi (2007b). *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. Toronto: Alfred A. Knopf.
- Koek, Elisabeth (12 de septiembre de 2013). Thirsting for water, 20 years after Oslo. *The Elders*. <https://www.theelders.org/news/thirsting-water-20-years-after-oslo>
- Li, Darryl (2007). The Gaza Strip as Laboratory: Notes in the Wake of Disengagement. *Journal of Palestine Studies*, 35(2), 38-49.
- Lyon, David (2011). Identification, colonialism, and control: surveillant sorting in Israel/Palestine. En Zureik, Elia; Lyon, David y Abu-Laban, Yasmeen (eds.), *Surveillance and Control in Israel/Palestine*. Nueva York: Routledge.
- Mbembe, Achille (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40.
- Mesa, Luis (25 de septiembre de 2017). Israel y Arabia Saudita: se afianzan los contactos. *Siempre*. <http://www.siempre.mx/2017/12/israel-y-arabia-saudita-se-afianzan-los-contactos/>
- Mesa, Luis (2009). La guerra en Gaza y el propósito israelí de restaurar su capacidad disuasiva. *Estudios de Asia y África*, 44(2), 205-236.
- Morag, Nadav (2001). Water, Geopolitics and State Building: The Case of Israel. *Middle Eastern Studies*, 37(3), 179-198.
- Najjar, Farah (1 de febrero de 2017). Gaza power crisis: "We want to end this nightmare". *Al Jazeera*. <https://www.aljazeera.com/indepth/features/2017/01/gaza-electricity-crisis-nighmare-170130221606018.html>
- Peteet, Julie (2008). Male Gender and Rituals of Resistance in the Palestinian Intifada: A Cultural Politics of Violence. *American Ethnologist*, 21(1), 31-49.
- Schwartz, Michael (26 de febrero de 2015). The Great Game in the Holy Land. How Gazan Natural Gas Became the Epicenter of An International Power Struggle. *TomDispatch*. [http://www.tomdispatch.com/post/175961/tomgram%3A\\_michael\\_schwartz%2C\\_israel%2C\\_gaza%2C\\_and\\_energy\\_wars\\_in\\_the\\_middle\\_east/](http://www.tomdispatch.com/post/175961/tomgram%3A_michael_schwartz%2C_israel%2C_gaza%2C_and_energy_wars_in_the_middle_east/)

Shama, Nael M. (23 de diciembre de 2019). The Geopolitics of a Latent International Conflict in Eastern Mediterranean. *Al Jazeera*. <https://studies.aljazeera.net/en/reports/2019/12/geopolitics-latent-international-conflict-eastern-mediterranean-191223074025635.html>

Smith, Bernard (2014). Water: A Critical Resource. En King, Russell; Proudfoot, Lindsay y Smith, Bernard (ed.), *The Mediterranean. Environment and Society*. Nueva York: Routledge.

The Economist (1 de diciembre de 2018). *Can the Sea of Galilee be saved?*. <https://www.economist.com/middle-east-and-africa/2018/12/01/can-the-sea-of-galilee-be-saved>

The Sharon Unilateral Disengagement Plan. *Journal of Palestine Studies*, 33(4), 85-107.

Vásquez, Marco y Ramírez, Julio (2018). Conflicto palestino-israelí a la luz de la hidropolítica y la trasgresión del derecho al agua. *Estudios Internacionales*, (190), 107-124.

Weizman, Eyal (23 de abril de 2002). The Politics of Verticality. *Open Democracy*. [https://www.opendemocracy.net/en/article\\_801jsp/](https://www.opendemocracy.net/en/article_801jsp/)

Weizman, Eyal (2007). *Hollow Land. Israel's Architecture of Occupation*. Londres: Verso.

Weizman, Eyal (2012). *A través de los muros. Cómo el ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana*. Errata Naturae.

Zureik, Elia (2001). Constructing Palestine through Surveillance Practices. *British Journal of Middle Eastern Studies*, 28(2), 205-227.

Zureik, Elia (2011). Colonialism, surveillance, and population control: Israel/Palestine. En Zureik, Elia; Lyon David y Abu-Laban, Yasmeeen (eds.), *Surveillance and Control in Israel/Palestine*. Nueva York: Routledge.